

672541

Crónica Literaria

El Boletín de la Academia de la Historia y Juan Luis Espejo.— Unas densas y palpitantes páginas de prosa, las últimas que escribió Jaime Eyzaguirre, leídas en su oportunidad por el Padre Guarda, ante la Academia de la Historia, trazan con viveza la múltiple imagen de Juan Luis Espejo cuando obtuvo la Medalla de Honor que le merecieron sus trabajos.

Sorprenderá a algunos y vale señalarse la amenidad, hasta el delicado humorismo que esta semblanza respira bajo esos melancólicos auspicios.

¿Diremos que el tema la hacía inevitable?

Juan Luis Espejo es de los pocos, tal vez el único experto en genealogía, apasionado por esa ciencia, que han mezclado al rigor minucioso de los documentos el filo de una fantasía que el ingenio sonriente bordea.

No lo hacía esperar su formación.

Se crió en el Instituto Nacional, a la sombra de su padre, el gran don Juan Nepomuceno, entre una asamblea de monumentos. Conoció de cerca al bibliógrafo boliviano Gabriel René Moreno, a quien se debe el mejor depósito de libros americanos, más tarde aventados por un Ministro de Hacienda que quiso instalar una piscina en aquel antiguo templo religioso que había llegado a ser de las letras y que él predestinaba a la natación... Vio sentarse a la mesa familiar al poeta Matta, a don Eduardo de la Barra y a un Dublé Urrutia juvenil, vehemente y audaz. Una sesión universitaria le hizo escuchar la famosa profesión de ateísmo de don Diego Barros Arang y no le fueron desconocidos personajes tan contrapuestos como don Crescente Errázuriz, don Valentín Letelier y don Isidoro Errázuriz, el orador magno que lo recibía en su escritorio y lo sentaba al lado de su habitual acompañante, un esqueleto de cuerpo entero.

Recibido de bachiller, entró a cursar Ingeniería Civil, pero las matemáticas le interesaban menos que la Historia y, alandose sin rumbo, ibase a la sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional. Allí le aceptaba con bondad otro amigo de su padre, don José Toribio Medina. Pero el gigantesco polígrafo, poco aficionado a las investigaciones genealógicas, le aconsejaba no perder su tiempo y consagrarse a la gran historia. Esta réplica del mozo lo desconcertó: Pero, señor ¿qué tema podrá encontrar que usted no haya tratado?

Halagóle, pero no lo convenció la delicada insinuación y,

como quien muestra selvas y pampas vírgenes, le indicó los Archivos de la Real Audiencia, la Capitanía General de Chile, Contaduría General y los Escribanos de Santiago. Un océano. Juan Luis obedeció el consejo; pero la tenaz genealogía tiraba de su lado y los pergaminos y las ejecutorias hallaron modo de abrirse paso por el maremágnum.

En la tertulia de su bisabuela Luro de Irisarri había conocido a un fabuloso adorador de los linajes, sobre todo los ilustres que abundaban en su nombre. Llamábase don Luis Alberto Martínez de Luco y Aragón Menéndez Valdés de Cornellana y León de la Barra. La estirpe de sus entroncamientos era caudalosa. Era también un poema épico-genealógico, la "Irisarriada", que él compuso e iba a gritar junto al cornejo de la jirafa de casa y curras estrechas aprendía de memoria el bisnieto para ganarse con su paciencia algunas reales.

¿Cómo tales cargas de aburrimiento permitieron madurar la gracia y la travesura y dieron al cabo el fruto de unos cuentos irónicos, llenos de color y de sahar?

He ahí un quebedero de cabeza para los psicólogos.

Máxime si se considera que, paralelamente a la diversión literaria, desarrollábanse, no menos formidables enemigos, el desempeño a conciencia de la Dirección General de Impuestos Internos y la cuidadosa elaboración de un libro que ha llegado a ser clásico en la materia y hasta los más austeros eruditos juzgan autoridad irrefutable: el "Nobiliario Heráldico de la Capitanía General de Chile".

Nada de ello obsta todavía para que ágil escritor, retirado en la quietud de Villa Alemana, conserve su sagacidad alerta, su buen humor y su sonrisa, compartiendo sus horas de reposo entre el cultivo del jardín, los ejercicios yoga y la charla de amigos fieles que van a buscarlo para comentar con ese comensal, ya único en su especie, sus descubrimientos genealógicos, inagotables, y sus reflexiones enriquecidas por la experiencia y que todavía no consiguen apagar en sus labios la sonrisa.

Pocas veces la Academia Chilena de la Historia ha logrado reunir, como en este último número de sus boletines, tantos nombres del pasado traídos al desigual presente y que sus lectores oyen pronunciar un poco estupefactos, como cosa de hoy.

H. D. A.

Crónica literaria [artículo] H. D. A.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] H. D. A.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa